

César Vallejo no está muerto (y otros imposibles)

“En suma, no poseo para expresar mi vida, sino mi muerte”.

César Vallejo¹

“Si va a morir gente, votemos quiénes”.

Vicente Luy²

“Si hubiera sospechado lo que se oye después de muerto, no me suicido”.

Oliverio Girondo³

La muerte no es un acontecimiento más: es el acontecimiento por definición. Siempre sucede de repente, por más que se la espere, y siempre deja la terrible sensación de la inexperiencia: no se puede tener una experiencia de la muerte porque la muerte es su lógico fin. No habría, no hay una forma de experiencia posible de la muerte, no hay formalización, conceptualización de la muerte. Lo único que nos queda, de este lado de la barrera, es poder –ligeramente, humildemente- observar, presentir o directamente atestiguar una muerte, pero eso no nos hace mucho más experimentados en el tema. El propio Martin Heidegger, filósofo de la muerte si los habrá, es más que claro al respecto: “[...] *permaneciendo dentro de la caracterizada certidumbre empírica, no puede en absoluto el ‘ser ahí’ llegar a ser cierto de la muerte tal como ésta es*”⁴. La obra del poeta peruano Cesar Vallejo, en alguna medida, siempre ha recibido una caracterización *a partir* de la muerte, como si fuese una unidad fundamental para entender su trabajo. Catalogado como parco, difícil, sombrío, no sólo se ha tratado a la “muerte” como unidad fundamental de su producción sino que, también, se le ha destinado el terrible lugar de la lectura aburrida, una que, como bien señala el crítico argentino Nicolás Rosa, también puede invocar a la muerte como un efecto⁵.

Pese a cierto lugar común crítico que considera central el tratamiento de la muerte en la obra de Vallejo, basta una rápida lectura para notar que su escritura es sumamente vital, atrevida, movilizadora, y si la muerte como tema o concepto toma un lugar de relevancia en tal o cual poema siempre es a partir de un tratamiento que no la deja intacta y

¹ VALLEJO, Cesar. *Poemas humanos*. Buenos Aires: La Página, 2006. p. 92

² LUY, Vicente. *Poesía popular argentina*. Buenos Aires: CILC, 2009. p. 81

³ GIRONDO, Oliverio. *Espantapájaros (al alcance de todos)*. Buenos Aires: Losada, 2009. p. 45

⁴ HEIDEGGER, Martin. *Ser y tiempo*. Tr. José Gaos. Buenos Aires: FCE, 2006. p. 281

⁵ Si bien escueto, el catálogo de muertes provocadas por un libro es sintetizado en la siguiente cita de Rosa:

La tradición señala que existía una venerable manera de asesinar a los aventurados lectores, o por exceso de lectura aburrida –se dice morir de aburrimiento- o materialmente, por el método de envenenar las páginas del libro para que, al pasarlas, una a una con los dedos, mojados previamente en el ápice de la lengua, el lector muriese envenenado.

que, inclusive, la subordina a una operatividad mayor: la de la denuncia (“*Estáis muertos. / Qué extraña manera de estarse muertos. Quienquiera diría no lo estáis. Pero, en verdad, estáis muertos*” [Trilce, LXXV]⁶). Seamos más específico: ¿cuáles son esas formas de la muerte tratadas en los poemas de Vallejo? Relevaremos tres: la muerte como momento dialéctico-trascendente, la muerte como desvinculación inmanente y la muerte como trasfondo de la experimentación (poética, sí, pero también de cualquier orden). Nos limitaremos a revisar estos tres tratamientos en *Trilce* de César Vallejo, aunque haremos mención de trabajos críticos que se ocupan de otros libros del mismo autor. Nuestro objetivo: mostrar cómo la idea de un estatismo mortal, de una muerte tomada como parte de una melancolía general en los poemas del ya citado no concuerdan efectivamente con la operatividad de su obra.

En “La hermenéutica vallejjiana y el hablar materno”, Julio Ortega -partiendo de una observación hecha sobre *Los heraldos negros*- sostiene que en *Trilce* el “*questionamiento del nombre es más sistemático y radical, al punto de negar la validez pacificada de la designación*”⁷. Esta caída de la designación en tanto discusión con la realidad extra-estética tendría un carácter progresivo que finalizaría en *España, aparta de mí este cáliz* y *Poemas humanos*, dos textos en donde la designación volvería pero como parte de una poética que invoca todas las estrategias del decir para conjurar la muerte:

[...] el cuerpo es capaz de perpetuarse en el libro, sobre la muerte y desde el origen, en el horizonte de un alfabeto que no reconoce pérdida porque transpone un signo en otro en una economía de transmutación y acopio. Contra la muerte, el libro es la cultura solidaria encarnada.⁸

La muerte aparece entonces como una instancia trascendente que obliga al desarrollo de características inmanentes: la “muerte” que circunda al poeta (por caso, la Guerra Civil Española) obliga a una transformación de la poética que explora costados propios que hasta el momento no habían sido desarrollados. Todo se da en una suerte de dialéctica sin momento sintético: la poesía de Vallejo partiría de un momento no-designativo hasta deshacer la propia lengua en busca de esta discusión en torno a la preeminencia de lo nominativo (el “piso” de este movimiento sería *Trilce*) para alcanzar luego un momento en donde se reincorpora lo designativo puesto al lado de lo connotativo en función de operar en un contexto determinado (el “techo” pasaría a ser *España, aparta de mí este cáliz*). Esa dialéctica, entonces, se da entre la obra y su “exterior”: el “*hermetismo vallejjiano*” sería, en alguna medida, permeable, siempre y cuando comprendamos que cada obra debe entenderse en relación al movimiento del que forma parte junto con las demás.

La perspectiva de la muerte como desvinculación inmanente implica una constante desmembración corporal en pos de estar a la altura de la novedosa experiencia del shock para las poéticas del siglo XX. Así, al menos, lo caracteriza Delfina Muschietti en su artículo “El sujeto como cuerpo en dos poetas de vanguardia (César Vallejo, Oliverio Girondo)”. Si para Ortega el libro se levantaba como límite corporal contra la muerte, para Muschietti el texto aparece como operación de subjetivación que incorpora a la muerte como disolución, recordando, claro, la definición psicoanalítica de la “pulsión de muerte” que esta relación propuesta por nosotros supone⁹. Leemos en Muschietti:

⁶ Para una mejor y más rápida referencia, a la hora de citar la presente edición de *Trilce* colocaremos sólo el número del poema correspondiente.

⁷ ORTEGA, Julio. “La hermenéutica vallejjiana y el hablar materno” en: Américo Ferrari (coord.) *César Vallejo, obra poética*. México: Colección Archivos, 1984. p. 607

⁸ Ibid. p. 620

⁹ Leemos en *Más allá del principio del placer*:

Puedo decir, a partir de mi lectura de Vallejo y Gironde, la manera en que se constituye un sujeto en esos textos: desaparece o se pone en crisis la dualidad razón-alma/cuerpo y se habla espectacularmente desde el cuerpo. Este se expone como una nueva forma de subjetivación: en el cuerpo se traba la relación con uno mismo; allí se da el pliegue de las relaciones de poder y saber; allí se da también la posibilidad de resistir a los códigos y a los poderes.¹⁰

El cuerpo pasa a convertirse en el territorio de batalla de la subjetividad en contra de los mandatos del mundo circundante. Es también, a su manera, un espacio de resistencia, o mejor, el lugar de despliegue de una estrategia de resistencia que implica participar de la desmembración: “*el texto se organiza como un cuerpo. El lenguaje es ojo, boca, mano, sexo: miembros solitarios que sufren cortes, choques, chispazos; un cuerpo que se des-compone*”¹¹. Ese cuerpo desmembrado es, en definitiva, un cuerpo que se vacía, un sujeto que se pierde, un vínculo que se descompone: el cuerpo es un “*puro vacío*”¹². En alguna medida, y siguiendo a Nicolás Rosa, encontramos aquí una “*locura lingüística*”¹³ que se adueña de la obra y se despliega como enfermedad, la enfermedad de una lengua que se reconoce sin referente y que expone, exhibe el síntoma.

¿Se puede contraponer, entonces, al cuerpo vacío, el cuerpo que exhibe el síntoma (de su época, de su enfermedad, de una o la locura), que despliega el fantasma, un cuerpo lleno? Para abordar la última caracterización de la muerte en la obra de Vallejo recurriremos al planteo teórico de Gilles Deleuze y Félix Guattari en su ciclo *Capitalismo y esquizofrenia*, particularmente en *Mil mesetas*, a los fines de establecer una alternativa al cuerpo vacío-fantasmal del sujeto vaciado en el poema sin caer en el sujeto lleno y totémico de Ortega.

En Deleuze y Guattari, la muerte aparece como trasfondo de la experimentación, la cara de muerte que puede ofrecernos el ya mentado CsO: ese rostro de muerte es entonces el resultado de una experimentación fallida, una posibilidad antes que una constante, un movimiento que “*a veces roza la muerte*”¹⁴. El cuerpo lleno del CsO en Vallejo presenta las características de un viaje hacia el nacimiento, una forma de muerte invertida que anhela la pérdida de la individualidad no como progresión putrefacta-anorgánica sino como regresión vital, plena. Así, encontramos personajes ancianos recién venidos a la existencia (“*A la mesa de un buen amigo he almorzado / con su padre recién llegado del mundo*” [Trilce, XXVIII]) o claras rupturas con la idea de causalidad que conecta esta caracterización de la muerte con la disolutoria-inmanente (“*y nuestro haber nacido así sin causa*” [Trilce, XXXIV]). El viaje regresivo hacia el nacimiento es una forma de experimentación: los “juegos del lenguaje” de Vallejo no serían estrictamente ni pérdida de lo designativo ni disolución inmanente sino efectiva producción de real, digamos, la perspectiva del huevo como plano de inmanencia desde donde emergen las estratificaciones obstructoras que se deshacen o se

Si como experiencia, sin excepción alguna, tenemos que aceptar que todo lo viviente muere por fundamentos internos, volviendo a lo anorgánico, podemos decir: la meta de toda vida es la muerte. Y con igual fundamento: lo inanimado era antes que lo animado. [...] La tensión, entonces generada en la antes inanimada materia, intentó nivelarse, apareciendo así la primera pulsión, volver a lo inanimado.

FREUD, Sigmund. “Más allá del principio de placer” en: *Los textos fundamentales del psicoanálisis*. Tr. Luis López Ballesteros et al. Barcelona: Altaya, 1993. p. 306

¹⁰ MUSCHIETTI, Delfina. “El sujeto como cuerpo en dos poetas de vanguardia (Cesar Vallejo, Oliverio Gironde)” en: *Filología*, vol. 23, núm. 1. Buenos Aires: UBA, 1988. p. 128

¹¹ Ibid. p. 128

¹² Ibid. p. 132

¹³ ROSA, Nicolás. “Borges/Lamborghini: la discordia de los linajes” en: *La letra argentina: crítica 1970-2002*. Buenos Aires: Santiago Arcos, 2003. p. 190

¹⁴ DELEUZE, Gilles y Félix Guattari. “28 de noviembre de 1947: ¿cómo hacerse un cuerpo sin órganos” en: *Mil mesetas*. Valencia: Pre-Textos, 2006. p. 165

planea deshacer: “*Espero, espero, el corazón / un huevo en su momento que se obstruye*” [Trilce, LXI]. A partir de esta evidencia, cabe una reformulación: el “regreso” al huevo no es regreso, sino contemporaneidad experimental: “*El CsO es el huevo. Pero el huevo no es regresivo: al contrario, es contemporáneo por excelencia, uno siempre lo arrastra consigo como su propio medio de experimentación, su medio asociado*”¹⁵.

Estos tres tratamientos de la muerte en Vallejo que escapan a la *doxa* crítica pueden ser parte de un mismo movimiento de desestratificación, aunque somos partidarios de relevar la importancia productora de Vallejo antes que la disolutoria o totémica. Esa es la inserción política de su poesía: Vallejo no metaforiza o alude, sino que plantea, propone estrategias, da consignas¹⁶. En este sentido, hay una línea probable, una línea de herencia –quebrada, lateral- que va de Cesar Vallejo, pasa por Juan Larrea y termina en Vicente Luy: si bien los datos son certeros en la conexión (Larrea fue amigo de Vallejo y trabajó teóricamente su poesía, Luy es el nieto del poeta español), la propia poética de los tres marca un destino que resulta relevante para entender la actualidad literaria latinoamericana y la posibilidad de abrir una perspectiva crítica que supere las comunes trabas de la mera divulgación. Vallejo no es el poeta de la melancolía ni un enquistado en la muerte como inmovilidad, sino el poeta de la acción política, radical que en última instancia tiene a la muerte como alternativa de un hacer, digamos, subordinada al intento, al atrevimiento. Tampoco es el vanguardista que dio un giro a lo social por el contexto histórico, sino una voz que ya desde el comienzo es coherente y consistente en su rebelión, ya es social desde el primer verso tal como es social cualquier hacer del deseo, cualquier búsqueda del CsO “personal”. Vale la pena no perderlo de vista, no perder de vista el verdadero potencial subversivo de sus trabajos ni catalogar sus planteos –poéticos y políticos, suponiendo que ambos son dos órdenes estrictamente diferentes- como meros imposibles. Lo dijo Larrea: lo imposible se vuelve, muy poco a poco, inevitable.

Fernando Emmanuel Bogado

¹⁵ Ibid. p. 168

¹⁶ “*La unidad elemental del lenguaje –el enunciado- es la consigna*”. Ibid. p. 81